

IV. UN CASO DE
LITERATURA INFANTIL



Galia Ospina Villalba*

LOS PERSONAJES DE TRIUNFO ARCINIEGAS EN LA
BÚSQUEDA INCESANTE DE LA FELICIDAD**

THE CONTINUING PURSUIT OF HAPPINESS IN THE CHARACTERS OF TRIUNFO ARCINIEGAS

* Docente, Magistra en el área de los Talleres Literarios: la Escritura de Viajes y la Creación del Libro Ilustrado (Facultad de Humanidades, Fundación Universidad de Bogotá, Jorge Tadeo Lozano). Magistra en Educación, Pontificia Universidad Javeriana. Publicó la obra *Julio Ramón Ribeyro: una ilusión tentada por el fracaso* (2006). Colabora como facilitadora invitada en los Talleres de Capacitación para Profesores de Español en la Universidad de Costa Rica. Participa como investigadora en el Coloquio de Escritoras y Escritores Latinoamericanos y en los Encuentros Mesoamericanos “Escritura-Cultura” organizados por la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura de la Universidad de Costa Rica. Correo electrónico: galia.ospina@gmail.com

** El presente artículo corresponde a una investigación terminada en el año 2009 para los Cuadernos de Literatura Infantil Colombiana. Serie Autores; 2, catalogados en la publicación de la Biblioteca Nacional de Colombia.

Resumen

El siguiente artículo destaca la creación de los personajes del autor Triunfo Arciniegas desde sus raíces autobiográficas. La escritura nace de la nostalgia y de las cartas cruzadas con su abuela Emperatriz. El paraíso perdido, la soledad y el dolor se revelarán como tres coordenadas que rigen la configuración del escritor. La fuerza de lo femenino se destacará igualmente como otro aspecto crucial en la creación de sus personajes. Lucy, protagonista de *Caja de lágrimas*, podría simbolizar el ideal de la belleza, el oasis del amor, la felicidad, el lugar ameno. Los juegos combinatorios entre la realidad y la imaginación estarán sostenidos por un criterio fundamental: la búsqueda de la felicidad.

Palabras clave: búsqueda de la felicidad, creación de personajes, lo femenino, literatura infantil colombiana, Triunfo Arciniegas, Felisberto Hernández, Julio Cortázar, Italo Calvino



Abstract

This article focuses on the creation of characters by Triunfo Arciniegas. Drawing on autobiographical elements, nostalgia, and the correspondence with his grandmother, Emperatriz, the author dwells on three main themes: paradise lost solitude, and the pain of living. The strength of the feminine is another crucial aspect in the creation of his characters. Lucy, the protagonist of *Caja de lágrimas*, could very well embody the ideal of beauty, the oasis of love, happiness, the *locus amoenus* itself. Reality and imagination mingle playfully in his work with a single purpose: to express characters in their quest for happiness.

Key words: pursuit of happiness, strong female characters, Triunfo Arciniegas, Colombian Children's Literature, Felisberto Hernández, Julio Cortázar, Italo Calvino

Si tú me requirieras, te bastaría oprimir el botón y ahí estaría, empapándote. Entonces me encantaría que no pudieses dormir y en la oscuridad tu mano avanzara hasta la lámpara porque sencillamente no podías dormir sin mí. Desde otro cuarto alguien gritaría: “Pero, mujer, apaga esa lámpara”. Y dirías: “Es la luz de mi vida”.

TRIUNFO ARCINIEGAS, *Noticias De La Niebla*

TRIUNFO ARCINIEGAS nació en Málaga (Norte de Santander, Colombia) el 26 de febrero de 1957 en el año del gallo. Con un tono de nostalgia, el autor afirma que Málaga es y será siempre su infancia. En la actualidad vive en una casa amarilla en las afueras de Pamplona con dos ventanas y una puerta de madera pintada de marrón. El escritor permanece alerta como un gato para no extraviar el hilo de sus primeros años. A su corazón llegan imágenes que aún siguen intactas: las quebradas donde aprendió a nadar, los muros y las calles de piedra, los árboles y el aeropuerto de Málaga. “Y el personaje principal, por supuesto, su abuela Emperatriz, el primer gran amor de su vida” (Ospina, 2). Su padre siempre fue un gitano y decidió que se fueran a vivir a Pamplona cuando Triunfo tenía tan sólo doce años y atrapaba pájaros con cauchera y sombrero. El paisaje pasó de la tibieza de Málaga al rugido del viento y a las montañas visitadas por la niebla y la lluvia. Separarse de su abuela, su primer amor, fue muy doloroso y lo volvió aún más solitario. Llegó a la escuela a mitad de grado y sin ningún amigo.

Arciniegas rememora el origen de su escritura con una belleza desgarradora:

La escritura nace de la nostalgia. La conciencia del paraíso perdido me hizo aún más desgraciado. Con la escritura intento recuperar algo de la gracia y la luz que alguna vez fueron mías.

En Pamplona empecé a escribirle largas cartas sin respuesta a mi abuela, que nunca aprendió a leer. Una tía se encargaba de leerle mis historias. Porque eran más historias que cartas. Como la vida era tan monótona, y sigue siéndolo, inventaba situaciones y la hacía reír: viajes a Venezuela, arriesgados trabajos en un circo, excursiones peligrosas. En Málaga le recitaba coplas los domingos y ella me daba dinero para el cine. En Pamplona seguí con el hábito: enviaba mis coplas en las cartas. Aún ahora, camino a las veredas, invento coplas para hacer reír a los niños de las escuelas que visito. (Ospina 2)

En medio de la soledad y el dolor de la ausencia de la abuela Emperatriz, apareció un día la posibilidad de hacer reír a sus compañeros de tercer grado de la escuela. El autor descubrió por primera vez el poder y la magia arrolladora

de las palabras cuando contó un detallado paseo del grupo y se detuvo en su mala suerte con la pesca. Sus compañeros soltaron la risa y él quedó encantado. Por un momento había logrado captar la atención de todo un grupo y estimular su sentido del humor. Las palabras no eran meros signos dispuestos sobre un papel, sino entidades tan reales como el agua y el fuego. Pronunciarlas desde “la suspensión de la incredulidad”, como le pedía Coleridge al lector, y con una fe inquebrantable, invita a entrar en los juegos combinatorios de la realidad y la imaginación para crear nuevos mundos en un ejercicio que nunca debería olvidar el criterio fundamental que lo sostiene todo: la búsqueda de la felicidad.

Si Triunfo Arciniegas trabajara en un circo no sería domador de leones ni trapecista, sino el payaso que hace reír a los niños, su público más exigente.

Su aprendizaje como escritor proviene de sus conversaciones con los niños y de su trabajo como profesor de talleres de literatura y teatro en las veredas de Chíchara, El Naranjo y Altogrande. A los juegos teatrales inspirados en los “binomios fantásticos”, que Gianni Rodari explica en *Gramática de la fantasía: introducción al arte de inventar historias* (1999), ha incorporado los libros, la pintura y la fotografía. Tiene claro que las experiencias pedagógicas deben privilegiar la felicidad por encima de la sabiduría. Un ensayo teatral con un grupo de niños se llena de sentido si hay risas, gracia y capacidad de ensueño. Lo importante es divertirse. La solemnidad de las clases tradicionales se extingue y el autor se percibe a sí mismo como otro niño interlocutor en los juegos teatrales.

Triunfo Arciniegas nos recuerda a “el profe Mambrú” que no les dice a sus estudiantes “abran los cuadernos”, sino “abran el corazón”:

Sabemos del alboroto y también del silencio. Si queremos oímos el vuelo de la mosca y el galope del corazón, exploramos todos los cuartos de la oscuridad y los cajones de la memoria, mientras escribimos en el inmenso patio de recreo que es la página en blanco. El director empuja la puerta para averiguar si nos escapamos por la ventana y, al vernos perdidos en otras magias, se retira avergonzado. El día se nos va. (Arciniegas, 2001, 11)

En los prólogos elaborados a sus obras de teatro, el autor afirma que los niños son los lápices, y el escenario, el papel en blanco. Arciniegas escribe en el tablero la versión en borrador de la obra, resultado de los previos ensayos con los niños en el salón de clases, el cual se transforma en plató de la imaginación. Antes de volcar las palabras en el pizarrón, ha sido el espectador de los niños, el escucha atento y el creador con mirada de lince que observa el mundo en silencio como un testigo. Primero hay que callar para escuchar el rumor de la vida, y mucho

después, surgirán los personajes como un matrimonio feliz entre la realidad y la imaginación. Los personajes nacen en el cruce entre dos mundos. En ellos se unen las orillas distantes para armonizarse en la magia de la creación.

Arciniegas siempre recuerda que la mente del niño es mágica y está ligada al hombre primitivo. En la vereda El Naranjo ha sido testigo de que los niños se asustan con las máscaras porque para ellos la imagen y el objeto son una sola entidad. Las criaturas fantásticas, los vampiros, los ángeles, las brujas y las sirenas hacen parte de nuestra vida porque deambulan en el escenario de nuestra mente fantástica. En el prólogo a *La vaca de Octavio; La araña sube al monte* (1996), el autor rememora que en “El Escorial” existe un trapo rojo que ha utilizado en la mayoría de sus obras como capa de vampiro, puerta del infierno o mantel de mesa. Para un niño, un pedazo de tela puede transformarse con facilidad y sin esfuerzo en una nave, una gaviota o una nube.

La imaginación es una parte esencial en la construcción de los personajes. Arciniegas no sólo imagina a sus personajes, sino que también es imaginado por ellos. El autor es otro personaje de la obra. Si la realidad colombiana nos golpea con su cruda violencia, todavía nos quedan puertas y ventanas para entrever el otro lado del sol y de la luna.

Cuando Arciniegas empezó a escribir para niños, la imagen llegó primero. Solía dibujar personajes en un cuaderno o en el tablero de la escuela y más adelante se revelaba la historia como en un papel fotográfico. El autor continúa siendo el niño que en la infancia hacía un dibujo y escribía una frase en el cuaderno escolar. A veces hace el dibujo y olvida la frase. Piensa en secuencias visuales como lo haría un director de cine. En este sentido, su maestría como escritor e imaginador de historias reside en callar, ver en la pantalla de la mente y otorgarle un desarrollo lógico y coherente a las ideas disparatadas que se le ocurren. Como resultado, la escritura es una síntesis poderosa entre el orden y el caos, la liberación y lo contenible, el pensamiento silvestre y la disciplina. El niño y el adulto que residen en el autor se abrazan como el yin (fuerza femenina, negativa, húmeda) y el yang (fuerza masculina, positiva, seca) en un movimiento de transmutaciones permanentes y necesarias.

Se podría considerar con certeza que sus personajes nacen de lecturas, experiencias y pasiones. Su novela *Las batallas de Rosalino* surgió de los bigotes al estilo Pancho Villa de un profesor de Pamplona y se concretó el día que supo su nombre: Rosalino Pacheco. En la versión de Enka su apellido es Mendoza, pero en la de Alfaguara (2002) su nombre completo es el de la vida real. Arciniegas le puso la profesión de herrero para mostrarle a su padre que sus años dedicados al oficio de imaginador no han sido en vano. Lo nombró caballero

medieval como una manera de rendirle un merecido tributo a uno de sus autores favoritos: Miguel de Cervantes. Tintoreto, el “gato negro de bigotes de seda y ojos asustados” (Arciniegas, 2008, 13) que acompaña al maestro Rosalino es una especie de Sancho Panza. Rosalino necesita del gato para dialogar y conocerse a sí mismo. Ya decía Octavio Paz que “nunca la vida es nuestra, es de los otros,/ la vida no es de nadie, todos somos/ la vida —pan de sol para los otros,/ los otros todos que nosotros somos—,/ soy otro cuando soy, los actos míos/ son más míos si son también de todos,/ para que pueda ser he de ser otro,/ salir de mí, buscarme entre los otros,/ los otros que no son si yo no existo,/ los otros que me dan plena existencia” (252).

Lo femenino en la obra de Triunfo Arciniegas

La fuerza de lo femenino es otro aspecto primordial en la creación de los personajes. Recordemos el libro *Caja de lágrimas* (2004) dedicado “a Lucy y el dolor de su ausencia” (Arciniegas, 2004). El autor nos cuenta que Lucy terminó enamorándose de un escritor llamado León Santamaría que publicó una novela bastante mala “con el título de la canción de los Beatles, *Lucy en el cielo con diamantes*” (109). “Lucy se desvaneció en el cielo de los caballos” (109) y el narrador quedó como Borges con una mujer doliéndole en todo el cuerpo.

¿Quién es este misterioso personaje que tiene un gato blanco, se viste como una princesa y es feliz con un libro de poesía entre sus manos? Ella es una bruja, una consoladora, una vidente y tiene una caja de plata que contiene sus lágrimas. Dicen que “tanto lloraba que soñaba que era un árbol de lágrimas. La gente venía a comer sus lágrimas para olvidar las penas de amor. Lucy era el árbol del olvido. La gente se llevaba la lágrima en una botellita y la pellizcaba cada vez que necesitaba del olvido” (58). Le dio sus lágrimas a un payaso que no hacía reír a nadie y el payaso regresó feliz.

Una noche en que los árboles lucían fatigados, Lucy se encontró con el vampiro de las gardenias, que había perdido sus alas en una partida de naipes. Quiso hacer algo por él y escuchó al bebedor de la luna. Él le dijo: “Lo que sé del olvido lo aprendí de la luna” (90), haciendo eco a los versos de Joaquín Sabina, mientras acariciaba las orejas de un gato muerto. “Amo la luna llena, el aullido de los lobos, los quejidos del viento. El paisaje de los fantasmas” (90-91), le dijo a Lucy con la gratitud de quien recibe el bálsamo de la esperada conversación.

Lucy es un emblema muy poderoso en la obra de Arciniegas. Ella podría simbolizar el ideal de la belleza, el oasis del amor, la felicidad fugaz, el paraíso perdido. Los hombres la buscan porque ella, “toda pecosa y pelirroja, alta, del-

gada y pizpireta” (19), además de oler a rosas, es la fuente del consuelo y la isla prometida de la felicidad.

Lucy es también la mujer que vivía dentro de un caballo pecoso que se llama Felisberto Hernández, quien existió en la vida real. En *La silla que perdió una pata y otras historias* (1997) se encuentra el relato del caballo que comía nubes al desayuno, que Lucy menciona en *Caja de lágrimas*. En esta historia, un caballo de ojos negros aprende a saltar montes, colinas, montañas, hasta alcanzar el sueño de toda su vida: morder una nube. Al final, se hace tan liviano que se vuelve nube. En el lenguaje pictórico chino, la nube, simboliza el vacío generador de todos los mundos posibles. No es gratuito que Lucy desaparezca en el cielo de los caballos y que continúe reapareciendo en las obras de Arciniegas como un obstinado fantasma.

Felisberto Hernández es un escritor extraño e inclasificable. De su grandeza dio cuenta el escritor argentino Julio Cortázar al decir que sus relatos “al fin y al cabo son cartas a un pasado o a un futuro en los que poco a poco van apareciendo los destinatarios que tanto le faltaron en vida” (13). Italo Calvino también fue seducido por el misterio del escritor uruguayo. A él le ofreció las siguientes palabras: “La asociación de ideas no es solamente el juego predilecto de los personajes de Felisberto, es la pasión dominante y declarada del autor, al entrelazar un tema con otro como en una composición musical” (4). Arciniegas continúa el juego combinatorio y se inventa al caballo que pasta a la orilla del río de los almendros y se come a Lucy recién bañada mientras ella está leyendo el capítulo de los amores de Cósimo Piovasco de Rondó, el protagonista de *El barón rampante*, “un loco feliz que pasó toda su vida trepado a los árboles” (Arciniegas, 2004, 31). Lucy continúa leyendo dentro de la barriga iluminada del caballo que se alimenta de las flores favoritas de las luciérnagas. Ella evoca a Jonás en el vientre de la ballena y también a Pinocho en el interior del tiburón, caminando hacia la pequeña claridad que se vislumbraba a lo lejos, y que en medio de una abigarrada mezcla de luces y sombras anunciaba el reencuentro con su padre Gepeto, quien había pasado dos años encerrado allí adentro. Lucy está también en el interior oscuro del escritor, quien se alimenta de las flores diminutas de la memoria; difíciles de poner en palabras debido a “la herida de la ausencia” (Arciniegas, 2002, 106). Recordar duele porque significa volver a pasar por el corazón las cenizas de una antigua primavera feliz.

El último relato de *Caja de lágrimas* es una carta a Lucy desde la voz del escritor que sufre su pérdida con la honda nostalgia del paraíso. El tono autobiográfico se mezcla con apuntes de la imaginación. La ficción permite una necesaria distancia frente al hecho doloroso y su transformación en arte, en literatura.

Muchas veces el sufrimiento resulta abrumador y sólo se puede callar como una defensa frente a la desaparición del primer amor.

El narrador recuerda que a Lucy le gustaba la buena vida: el jugo de mandarina, el helado de chocolate, las blusas de seda y las películas de pistoleros. En medio de la ficción se asoman fragmentos de la realidad de Arciniegas y letras dibujadas en la niebla:

Traté de ocultarle que vivía tiempos difíciles. La pobreza me acosaba como perro rabioso. Sentía sus dentelladas en las tripas y los zapatos rotos, en los libros que no podía comprar y las películas que dejaba de ver.

Después, gané un premio con un libro de cuentos y la suerte cambió. Escribí una obra de teatro sobre las pecas de Lucy para un grupo de niños de una escuela de Pamplona, con duelo de pistoleros y bailarinas de canacán. Lucy se había enamorado de Pepe Ratón, un pobre diablo, y era perseguida por Juan Chicote, un matasiete vestido de negro. Los dos tragaban el polvo por una sola de sus pecas. Nos divertimos como locos, tanto en los ensayos como en el estreno. Los aplausos nos llevaron al cielo. Todo el mundo estaba feliz con esa comedia de polvo, balas, pecas. Hubiera querido añadir un fantasma. (Arciniegas, 2004, 103-04)

La obra de teatro *Lucy es pecosa* (1997) fue escrita y dirigida por Arciniegas para el grupo *El Aguijón* de la escuela “Santísima Trinidad”, de Pamplona. La historia de vaqueros se desenvuelve en un solo acto de tres escenas. En la primera, Lucy, dueña del bar, recibe la noticia de la llegada del temible bandido Juan Chicote. En la segunda, se acentúan las rivalidades entre Pepé Ratón, novio de Lucy, y Juan Chicote, quien desea casarse con ella. La escena final muestra un duelo entre los dos personajes por el amor de Lucy.

La narración es muy fluida y lúcida en el manejo de diálogos humorísticos y en la creación de los personajes. En el prólogo a la obra, el autor reconoce que “los niños se desenvuelven como trompos liberados de la cuerda, pero saben que el libreto le dará la forma definitiva al juego”. Arciniegas “prolonga cuanto puede estos ensayos, esperando el momento de la escritura, el chispazo, y trata de mantener la calma. Al fin aparece con una borrador, con los garabatos de su propia letra, la feliz cosecha de la noche anterior, y empieza a escribir el primer acto en el tablero, para que ellos aprendan a interpretar un libreto y se inicien en este placer de leer teatro” (Arciniegas, 1996, 13).

Arciniegas se lanza al vacío de la página en blanco gracias a una imagen o una frase que sacude su instinto de cazador solitario. El poeta Eliseo Diego comparte el vértigo de la escritura al confesar con sensible lucidez: “Me da terror este papel en blanco/ tendido frente a mí como el vacío/ por el que iré bajando

línea a línea/ descolgándome a pulso adentro/ sin saber dónde voy ni cómo subo/ trepando atrás palabra tras palabra/ que apenas sé que son sino son sólo/ fragmentos de mí mismo mal atados [...]” (121). Los personajes deambulan como fantasmas en las tierras de la memoria y de la imaginación. Son ellos los contenedores de las historias, del tiempo y el espacio. En el vientre de la ballena, el autor quiere nombrar el mundo en tinta verde:

Esta noche, señores, para mí, es una paloma que vuela alto y lejos. Tengo la fe, me la juego toda. Esta noche es una paloma, vean cómo se eleva y se llena de luz, cómo nos da un cosquilleo, unas ganas locas de vivir, de saborear la pulpa de la dicha. Véanla, señores, que festeja. Porque para eso nos hemos reunido, entiendo yo, para festejar la poesía, el derecho a la imaginación y la belleza, el placer de los libros, el amado territorio de la infancia que nos habita y el doloroso ejercicio de estar vivos y respirarnos. Oigan los aletazos, señores, que vuela alto y con pureza. (Arciniegas, 2002, 128) 

Obras citadas

Arciniegas, Triunfo. *Caja de lágrimas*. Ilus. Carlos Manuel Díaz. Bogotá: Ediciones B Colombia, Colección La Escritura Desatada, 2004.

_____. “Querida Lucy”. En: *Caja de lágrimas*, Ilus. Carlos Manuel Díaz. Bogotá: Ediciones B Colombia, Colección La Escritura Desatada, 2004, 58.

_____. “Lucy, gato y vampiro”. En: *Caja de lágrimas*, Ilus. Carlos Manuel Díaz. Bogotá: Ediciones B Colombia, Colección La Escritura Desatada, 2004, 90-91.

_____. “Toto de Lucy”. En: *Caja de lágrimas*, Ilus. Carlos Manuel Díaz. Bogotá: Ediciones B Colombia, Colección La Escritura Desatada, 2004, 19.

_____. “La mujer que vivía dentro de un caballo”. En: *Caja de lágrimas*, Ilus. Carlos Manuel Díaz. Bogotá: Ediciones B Colombia, Colección La Escritura Desatada, 2004, 31.

_____. “Lucy y yo”. En: *Caja de lágrimas*, Ilus. Carlos Manuel Díaz. Bogotá: Ediciones B Colombia, Colección La Escritura Desatada, 2004, 103-104.

_____. *Noticias de la niebla* (1973 y 2002). Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, Colección Celeste, 2002.

_____. “Animal de luz”. En: *Noticias de la niebla* (1973 y 2002). Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, Colección Celeste, 2002, 106.

- _____. “Escritura”. En: *Noticias de la niebla*, Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, Colección Celeste, 2002, 121.
- _____. “Quiero decir en tinta verde”. En: *Noticias de la niebla*, Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, Colección Celeste, 2002, 128.
- _____. “El profe Mambrú”. En: *El vampiro y otras visitas*. Ilus. de Jotavé. México: Fondo de Cultura Económica, 2001, 11.
- _____. “El pequeño caballo que comía nubes al desayuno”. En: *La silla que perdió una pata y otras historias*. Ilus. de Henry González. Bogotá: Panamericana, 1997.
- _____. *La vaca de Octavio; La araña sube al monte*. Ilus. Daniela Violi. Bogotá: Panamericana, 1996.
- _____. “A manera de prólogo”. En: *Lucy es pecosa*. Ilus. Rocío Parra; puesta en escena, Misael Torres. Santafé de Bogotá: Panamericana, 1996, 13.
- _____. *Las batallas de Rosalino*. Ilus. del autor. Colores: Olga Cuéllar. Medellín: Colina, 1989.
- Calvino, Italo. “Las zarabandas mentales de Felisberto Hernández”. En: Felisberto Hernández. *Novelas y cuentos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1985, 4.
- Cortázar, Julio. “Carta en mano propia”. En: Felisberto Hernández. *Novelas y cuentos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1985, XIII.
- Ospina Villalba, Galia. “La escritura nace de la nostalgia”. Conversación con Triunfo Arciniegas. Consultado en: <http://www.letrealia.com/214/entrevistas01.Htm>
- Paz, Octavio. “Piedra de sol”. En: *Libertad bajo palabra*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990, 252.
- Rodari, Gianni. *Gramática de la fantasía. Introducción al arte de inventar historias*. Trad. Alessandra Merlo. Bogotá: Panamericana, 1999.